

SEGUNDA NAVEGACIÓN DE EXTRAORDINARIA IMPORTANCIA

ORTEGA Y GASSET, José: *Obras completas. Tomo IX (1933-1948). Obra póstuma*. Madrid: Fundación José Ortega y Gasset / Taurus, 2009. XVIII + 1.534 p.

JAIME DE SALAS

Se puede tomar 1932 como año que divide la trayectoria de Ortega. En este año redacta el “Prólogo a una edición de sus *Obras*” donde anuncia una segunda navegación. Ortega piensa en dirigir su obra a un público académico e internacional dándole un formato más intelectual y menos ensayístico; libros y no ensayos en la prensa como en gran medida había hecho hasta el momento. Esta decisión la tomó por varias razones. Habiendo tenido una intervención muy visible en la llegada de la Segunda República parece que el grupo que de hecho lideraba, la Agrupación al Servicio de la República, tenía poco peso frente a los grandes partidos del momento y la experiencia de los primeros meses no fue especialmente

alentadora. Por ello el año 1932 se disuelve la Agrupación. Hubo una decisión de retirada de la vida pública que luego al hilo de los acontecimientos se convertiría en obligada. La República representó el último episodio de intervención en la vida nacional de un pensador para el cual, como dice dicho prólogo, de una manera consciente se había encontrado al servicio de la sociedad española: “toda mi obra y toda mi vida han sido servicio de España”.

Pero no eran sólo experiencias negativas las que llevaban a esta nueva posición. Desde la lectura de *Ser y Tiempo* en 1927 y el consiguiente trabajo sobre la figura de Dilthey había precisado su pensamiento definitivo y la tarea era aplicarlo. A juzgar por sus palabras, tuvo que pesar en su ánimo el enorme éxito de *La rebelión de las masas* en Alemania y la conciencia de que podía ambicionar una obra de un nivel importante no sólo a nivel local, en su propio país, sino dentro de la historia de la filosofía del momento.

¿Lo consiguió? En cualquier caso, dentro de la filosofía académica española esta segunda navegación es de una extraordinaria importancia.

Por ello, el que este volumen comience en 1933 y termine 15 años más tarde en 1948 resulta muy oportuno. Lo más importante de la obra nueva de Ortega se encuentra aquí. En los volúmenes de ediciones publicadas en vida del autor, el quinto y sexto, que cubren de 1932 a 1955, incluyen: *Meditación de la técnica*, *Misión del bibliotecario*, *Ideas y creencias*, *Historia como sistema*, cuatro prólogos importantes (a “Una edición de sus Obras”, a la *Historia de la filosofía de Émile Bréhier*, a *La vida del capitán Alonso Contreras* y a *Veinte años de caza mayor*), *En torno a Galileo* y partes importantes de sus estudios sobre Velázquez y Goya. Hay que comparar esto con el contenido de este volumen que comentamos y del siguiente: “Prólogo para alemanes”, cuatro versiones de *El hombre y la gente*, un borrador de “Apuntes para el pensamiento”, “Apuntes para un comentario al *Banquete* de Platón”, el conjunto de trabajos sobre Europa relacionados con su viaje a Berlín en 1949, “Vives”, tres cursos sobre razón vital, *Epílogo a la filosofía*, *Idea del Teatro*, *La idea de principio en Leibniz*, y el curso sobre Toynbee. Uno entiende que a la muerte de Ortega quienes habían seguido su trayectoria valoraron la obra que quedaba inédita. El hecho es que hubo un esfuerzo admirable para lograr que la parte más importante de los inéditos se publicara a los pocos años.

Al mismo tiempo, la decisión que Ortega tomó en el citado prólogo da pie a la comparación entre una obra de corte

académica posterior a 1932, frente al gran esfuerzo que realizó entre 1914 y la publicación de *Meditaciones del Quijote* y la aparición de *La rebelión de las masas* quince años después. Lo importante de esta primera época no es tanto su contribución a una filosofía académica sino el desarrollo de una filosofía que apuntaba a la regeneración de la sociedad española —e incluso de la europea—. Es una discusión abierta la de cual de las aportaciones vale más. Lo que es cierto es que las dos significan una contribución importante a nuestra cultura.

Este volumen no sólo mantiene el alto nivel de edición de los anteriores sino hace al menos dos grandes aportaciones al conocimiento de Ortega. La primera consiste en el curso completamente inédito titulado “Principios de Metafísica según la razón vital. [Lecciones del curso 1933-1934]”. El método de Ortega en conjunto debe entenderse como hermenéutico en la medida en que se propone aclarar, es decir, lograr la plena elucidación de una proposición, en este caso, que la metafísica es un hacer del hombre. Ortega en estos cursos, que gracias a la edición sabemos que comienzan con el curso de Argentina de 1928 *¿Qué es la ciencia, qué la filosofía?*, recibiendo un desarrollo más importante en los tres últimos capítulos de *¿Qué es filosofía?*, de 1929, emplea dos maneras de caracterizar la vida. Una parte de la situación del hombre en la circunstancia y enumera lo que Ortega llama las distintas categorías de la vida. Éste es el procedimiento más común. Hay cursos donde la descripción de categorías se restringe y a la vez se logra una gran precisión como en el curso *¿Qué es la vida?* a propósito de la ejecuti-

vidad. Pero, por el contrario, en otros muchos pasajes de la obra madura de Ortega, se acude a una enumeración de algunas categorías como referencia a la hora de llevar a cabo los análisis.

El segundo procedimiento, inevitablemente emparentado con el primero, es entender que la metafísica es algo que el hombre hace. Es el que Ortega sigue aquí. Significa por lo pronto un acercamiento distinto. En un sentido, también refleja la impronta de Heidegger, pues éste caracterizó al hombre por la pregunta por el ser, pero aparece la lectura de Dilthey en la medida en que se reconoce que se trata de una actividad que tiene lugar en un contexto histórico. Incluso Ortega en su lectura de Dilthey se vería a sí mismo como manteniendo una visión más positiva de la metafísica que el autor de la *Introducción a las ciencias del espíritu*: la metafísica es un hacer que el hombre hace en un contexto determinado y por tanto restringido a una época histórica determinada y para nada una constante relacionada con la naturaleza humana. Como actividad tiene un porqué que la historia de la filosofía debe establecer. Con ello se inicia un tema de la madurez de la obra de Ortega, la filosofía de la filosofía –por emplear los términos de Gaos–, que constituye un punto central en al menos tres de las obras capitales de los años 40: el “Prólogo a la *Historia de la filosofía de Émile Bréhier*”, *La idea de principio en Leibniz y Epílogo de la filosofía*.

Por otra parte, el curso “Principios de Metafísica según la razón vital. [Lecciones del curso 1933-1934]”, aun siendo incompleto, vale por sí mismo. Es posible que no se haya publicado hasta

ahora porque se conocían textos que se puede integrar dentro del curso con facilidad como “Del estudiar y el estudiante”, publicado el año anterior, 1933. Pero no creo que haya un texto en Ortega mejor trabajado en conjunto desde el punto de vista de técnica filosófica. Es un caso de análisis hermenéutico donde el objeto no es la novela, la caza, la técnica o el teatro sino la misma actividad filosófica. Por supuesto, me parece desde este específico punto de vista más logrado que *¿Qué es filosofía?* por más que éste también sea imprescindible específicamente por la caracterización de las categorías de la vida.

Si bien este periodo que comienza en 1933 se abre con una metafísica ya bien definida, hay que reseñar un avance de Ortega al formular las doctrinas de la creencia y, sobre todo, en la visión de la sociedad como una convivencia regida por usos. La doctrina de la creencia queda bien establecida en la obra que el propio Ortega publicó en su vida, pero en cambio la doctrina del uso constituye una gran aportación de las obras inéditas en general y de este volumen en particular con los inéditos desconocidos que se encuentran en él.

Para comprender el alcance de la teoría del uso en general, hay que pensar que el pensamiento de Ortega esta muy relacionado no sólo con su circunstancia sino con su propia vocación de intelectual que se plantea la regeneración de la sociedad española del momento. Desde este punto de vista se pueden distinguir tres periodos donde la acción de Ortega se encuentra respaldada por una comprensión distinta de la sociedad y de las posibilidades de una acción de regenera-

ción. El punto de partida se puede establecer en *Vieja y nueva política* que acompaña a *Meditaciones del Quijote*. Desde la altura de esta obra de 1914, la acción del intelectual es completamente viable. *La rebelión de las masas*, entiendo, presenta una situación abierta donde al tiempo que se anticipa el posible triunfo del nazismo y se advierte en general sobre los peligros del totalitarismo, tampoco se excluye la eventualidad de que una sociedad encuentre un nuevo equilibrio en la medida en que las minorías vuelvan a adquirir el peso que habían tenido en las sociedades del XVIII y del XIX. Es claro que Ortega nunca se distanció de *La rebelión*. Todavía en 1951 reivindica el planteamiento de la obra. Pero al mismo tiempo, se encuentra en ella un cambio muy importante con respecto al primer planteamiento: la trasposición de la distinción minoría/masa de *España invertida* a un contexto europeo. Aunque lector de Nietzsche, y de Spengler, y consciente de la limitación de las grandes naciones europeas, en términos generales, trataba de lograr que España saliera de su retraso por comparación a aquéllas. La perspectiva de *La rebelión...* es colocar al lector ante una crisis que no es propiamente nacional sino de la cultura del conjunto de las naciones que integran Occidente. Con todo, *La rebelión...* coincide con las *Meditaciones del Quijote* en lo que respecta a entender que hay en toda sociedad una tensión y que se trata de superar una conciencia que se caracterizaría por la falta de exigencia ética e intelectual por otra transida de valores.

La visión de la sociedad que se abre con la conferencia de Valladolid de 1934, cuya versión crítica se encuentra

en este volumen, se distancia de la tensión entre minoría-masa aún cuando es claro que no hay por parte de Ortega una renuncia a ella. No se trata de sacar España o Europa de su retraso sino de constatar una limitación genérica e insalvable de nuestra cultura que los acontecimientos vividos ponen de manifiesto. Mientras que Ortega joven siente impaciencia y desprecio ante una sociedad que podría y tendría que ser mucho mejor, el autor maduro siente horror ante la realidad de la sociedad entendida como la gran desalmada, pero al mismo tiempo tiene conciencia de la inevitabilidad de ello. Por supuesto que se trata del imperio de las masas, es decir, se llega a esta tesis desde el punto de vista que adoptaba inicialmente en *España invertida* y que predomina en la primera parte de *La rebelión de las masas*. Pero la intuición central es la de una alienación que es consustancial a toda vida: “En la medida en que yo pienso y hablo, no por propia e individual evidencia sino repitiendo lo que se dice y se opina, mi vida deja de ser mía, deja de ser el personaje individualísimo que soy y actúo por cuenta de la sociedad. Soy un autómeta, estoy socializado”.

Es interesante que en la versión última, la que ya conocemos gracias a Garagorri, de *El hombre y la gente*, el lugar que había ocupado la generación en la obra temprana, se sustituye por la relación interindividual. No se trata de la actividad concertada de una generación sobre la sociedad sino el hecho de que en medio de las limitaciones del momento, la persona encuentra un ámbito social propio pero tiene que aceptar que una parte de sus acciones son sociales. Da la

impresión de que el amor personal entre otros sentimientos viene a ocupar el lugar que la acción intelectual había desempeñado previamente.

En este contexto, pienso que es un tema muy importante la comparación entre creencia y uso en Ortega. Que yo sepa, no hay un texto de nuestro filósofo que las distinga claramente pero es claro que las dos remiten a la sociedad y cultura vigentes. Mientras que la creencia es aceptada y valorada positivamente, el uso revela una sociedad que tiende a trabajar a través de los individuos e incluso a costa de ellos. Por supuesto es una cuestión que los que se interesan por la obra de Ortega tienen que plantearse, pero también es cierto que sus implicaciones para las ciencias sociales son muy importantes y es la marcha de éstas la que determinarán si esta distinción puede pasar al contexto de la cultura viva de la comunidad académica actual.

El tomo IX de estas obras completas aporta dos cursos intermedios entre la mencionada conferencia de Valladolid de 1934 y la versión última de *El hombre y la gente*, la que se publicó como obra inédita y que le corresponde aparecer en el próximo volumen. Hay una manifiesta superioridad de esta versión del curso

1949-1950 pero es importante poder co-tejar el resultado de una trayectoria con los distintos pasos previos. Me parece que se da una lectura de *El ser y la nada* de Sartre y desde luego el papel del reconocimiento y de la lectura de Hegel también es muy importante.

Desde luego la contribución que hacen estas *Obras completas* al conocimiento académico de Ortega es muy importante: es imprescindible para el estudio de las dos épocas que he reseñado. Sobre todo, el estudio de la segunda, se beneficia de contar con textos establecidos críticamente, ordenados cronológicamente, y sobre todo con los inéditos que ahora se publican por vez primera. De todas formas el volumen pendiente también es fundamental por el glosario que está planeado. Esperamos contar con una tabla de la cronología de la obra de Ortega en su momento de redacción –por oposición a la última versión que su autor pudo revisar en vida–, que reúna lo que con razón la presente edición ha distinguido: *El Espectador*, las otras obras editadas en vida de Ortega y los inéditos. Probablemente será imposible tener una completa precisión cronológica pues Ortega llegó a trabajar sobre dos textos al mismo tiempo.